

Literatura contemporánea.

Salutación.

¡Oh, mañanas
aldeanas,
tan calmosas,
bendecidas del poeta!
¡Voz del río,
soto umbrio,
blancas rosas
que perfumáis mi glorieta!

¡Bien labradas
heredades!
¡Soledades
anheladas
por quien hoy viene de lejos
a gozar de vuestro encanto
y correr deja su llanto
al oír en las cañadas
las tonadas
de melancólicos dejos!

¡Firme poyo
en que apoyo
consigue una parra vieja
para subir al balcón
de venerada mansión
cuyas paredes refleja
mudo arroyo!

¡Panoramas
bajo nubes de ceniza,

donde sol de febles llamas
su gustosa luz tamiza
en el palio de las ramas!

Acogedme familiares,
que yo soy vuestro cantor,
y pregonan mis cantares
el amor
a mis lares.

Tú, Montaña, patria mía,
tan hermosa como triste,
¿por qué tu melancolía
en mi corazón pusiste?
Heme aquí, Naturaleza
de avasallante belleza.
Tú, siempre confidencial
con el alma solitaria
llena de recogimiento,
dar sabes al pensamiento
elevación de plegaria,
pureza de manantial
y aroma y ritmo de viento
que juega con un rosal.

El buen amigo.

Son graves elegías mis endechas:
yo sólo sé cantar cuando me aflijo.
¿Ha de vivir fingiendo regocijo.
quien ya sus esperanzas vió deshechas?

Siempre, dolor, en mi sendero acechas,
y aunque imploro piedad al crucifijo
y en el amor hallé blando cobijo,
mi pecho sangran tus invictas flechas.

Hay mucho en tí de misterioso y santo,
y nunca te maldije, compañero,
pues tus rigores aleccionan tanto...

Hiéreme con tus dardos a mansalva;
mientras dure mi fé, juzgarte quiero
medicación que purifica y salva.

Años de luto.

—Mayo tiene perfumes de incensario
y su magia los males atempera.

—Ya son lo mismo invierno y primavera:
llueve sangre y el mundo es un osario.

—¿Oyes cuán jubiloso el campanario
anuncia que la Virgen nos espera?

—Su voz, en otros días placentera,
me aflige como un himno funerario.

—Madre: si margaritas guarda el valle,
horóscopo risueño de mi suerte,
al deshojar alguna quizás halle.

—De tus sueños no logras desprenderte:
hay guerra y extremó su furia el dalle
del inmortal fantasma de la muerte.

Bienvenida.

Has vuelto a mi balcón, oh golondrina,
y más que nunca tu merced bendigo.
Solo estaba por triste; ni un amigo
interrumpió mi soledad de ruina.

Crucé la tierra y la extensión marina,
y de tantas maldades fui testigo...
Va tan poco del príncipe al mendigo...
Ya ninguna grandeza me fascina.

¡Si adivinar pudieses con qué anhelo
aguardo en mi jardín de la montaña
horas de luz propicias a tu vuelo!

En esta paz que el vulgo vil rehusa,
la sombra de mis muertos me acompaña,
y tú me alientas con amor de musa.

LUIS BARREDA.